



Queridos amigos:

De nuevo me cuelo por debajo de la puerta de vuestra habitación para acercaros alguna reflexión desde la fe.

Ahora que los cristianos preparamos la Navidad os propongo pensar sobre ella. La frase que me viene a la cabeza y a la que darán vueltas mis palabras es la siguiente: ***Navidad, más de los mismo o algo de otra cosa.***

En su origen la Navidad era una fiesta de la sociedad pagana a la que los cristianos dieron un nuevo contenido. Si hay que hacer fiesta, que sea por algo que merezca la pena -se habrían dicho-. Y ¿qué mejor que celebrar la memoria del Hijo de Dios que había puesto un pie en la tierra, no para pasárselo en grande (como se contaba de los dioses del panteón griego y romano), sino para que pudiéramos respirar su amor en nuestra carne, sentir de cerca la fuerza de su misericordia, de su perdón, de su consuelo...? ¿qué mejor que celebrar la esperanza de una nueva y definitiva venida que transformará definitivamente este mundo de vulgaridad, injusticia y violencia, en un mundo de belleza, justicia y paz?.

Ahora, la Navidad parece haber cambiado de dueño otra vez. ¿Qué se celebra hoy? Basta echar una ojeada al movimiento de estos días para ver que el centro son las comidas sobreabundantes, las compras excesivas, la bebida (o droga) sin límite, la obligación de sonreír... Y todo ello, ¿por qué? Nada más que porque toca.

Esto es a lo que yo llamo ***más de lo mismo***, porque ya comemos y bebemos mucho y bien (¡o mal!) durante el año, y también sonreímos de continuo (¿acaso no hay que ser feliz obligatoriamente, aunque sea de manera artificial?), y ¿qué decir de nuestras compras cuando tenemos más cosas de las que podemos utilizar?

Pues bien, ¿no nos faltará ***algo de otra cosa***? Quizá lo único que puede aparecer nuevo, provocador, sugerente sea Dios mismo. Cuando llega, siempre nos encuentra en lo que somos de verdad: a Herodes en el castillo de su buena vida y su poder, sin querer abandonarlos y rechazando o persiguiendo a todo aquel que amenaza o denuncia su forma de vida; a los pastores en medio de sus trabajos; a los magos en medio de su búsqueda de la verdadera luz de la vida... y a todos les invita a mirarle de frente e iniciar una vida nueva.

Podrías preguntarte dónde te encuentra a ti, si es que quieres dejar que te encuentre. Quizá sólo pienses en que vas a tener un poco más de dinero de tus padres, como siempre, unas cuantas noches más para salir como habitualmente, unos amigos con los que gritar, beber y bailar como otras veces, unos días sin clase para estudiar lo que llevas con retraso... En fin, ¡nada nuevo!

¿Tendrás un poco de tiempo para algo distinto como, por ejemplo, rezar y sentir el amor por nosotros del Hijo de Dios que se encarna? ¿Tendrás voluntad para prescindir de algo de tu dinero -algo más que unas migajas en medio de este derroche- para que algunos vivan un poco menos miserablemente? ¿Tendrás ganas de vivir familiarmente sin escaparte cuanto antes del diálogo con tus padres, tus abuelos, tus hermanos...? ¿Tendrás valor para enfrentarte a tus instintos que te dicen: bebe sin medida, gasta sin control, olvídate de los demás y piensa sólo en ti,...

Si eres capaz de hacer algo de esto, la Navidad no será ***más de lo mismo***, sino ***algo nuevo*** que seguramente te hará descubrir riquezas ocultas de tu vida.

Un saludo. Paco.